

VOCACIÓN A LA SANTIDAD 2/5

Santificación de mente, voluntad, sentimientos, subconsciente y cuerpo

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Hoy vamos con la segunda de las charlas dentro de este curso de teología espiritual sobre la santidad. Recapitulo para unir con la primera de las charlas. Hemos querido presentar la santidad como un gran don y un gran reto. Y, para explicar esto, puse el ejemplo de cómo existe una antropología filosófica y una antropología teológica, y la antropología filosófica habla de que el hombre es alma y cuerpo y es el alma la que tiene que animar el cuerpo. El hombre, se dice que es un animal racional, eso es algo difícil de llevar pero posible, obviamente; es posible que el alma anime el cuerpo y que ese animal racional pueda llegar a la madurez.

La antropología teológica lo que nos recuerda, es que no sólo es el cuerpo y alma sino que es el espíritu, es el don del Espíritu Santo, el don de la gracia, ese tercer elemento, además de cuerpo y alma; es el don de la gracia el que está llamado a informar toda nuestra vida, es él, el que nos ha constituido en santidad. El Espíritu Santo nos ha hecho hijos de Dios Padre y entonces, tenemos una configuración ontológica de santidad. Y ¿cómo es esto? decíamos, por ejemplo, me viene bien ampliarlo con una referencia de San Juan de Ávila, que hace una metáfora de la Encarnación: “Igual que el Verbo, la segunda persona de la Trinidad, se encarnó en la carne humana”, pues también, el Espíritu Santo, en esa analogía, en nosotros se espiritúa, por decirlo de alguna manera, para que sea Cristo el que viva nosotros. o sea, nos santifica.

El Espíritu Santo viene a nosotros para santificarnos, de una manera analógica, a cómo el Verbo se hizo carne en el seno de la Virgen María. Este fue el tema principal de nuestra charla anterior. Existe una santidad ontológica, somos santos porque, en el bautismo hemos sido incorporados a la santidad de Jesucristo. Tenemos una condición santa y de hijos de Dios; pero claro, una cosa es la santidad ontológica y otra cosa es la santidad psicológica y moral, o sea, vital, y eso es un gran reto. Por eso decía que la santidad no sólo es un don, sino que es una gran tarea. Tenemos que pasar del ‘ser’ a ‘lograr’; la santidad ontológica es el ser, pero ahora nos falta el obrar, la santidad moral en nuestra vida, vivir conforme a ello. Hay que decir que, esa santidad moral, esa santidad psicológica, consiste en que la gracia de Dios mueva toda nuestra vida, anime nuestra vida. Y que no solo anime la fe y la caridad, ¡no! que anime nuestra razón, nuestra voluntad, nuestro inconsciente, e incluso nuestro cuerpo. Que la gracia mueva completamente al hombre.

Recordáis que, finalice la charla anterior con esa famosa oración que dice: “Señor que tu gracia, inspire, sostenga y acompañe nuestras obras”, o sea que todas nuestras obras, nuestros pensamientos, estén movidos por la gracia de Dios. Este es nuestro gran reto y en esto quiero centrarme en esta segunda charla. Si en la primera nos centramos más en la

santidad ontológica, en ésta nos queremos centrar más en esta santidad vital, o santidad moral, o psicológica, o como queramos llamarlo. Decía que es la santificación del hombre entero, bueno pues, vamos a distinguir, vamos a matizar de qué manera se santifica el entendimiento, la voluntad, los sentimientos, el inconsciente, el propio cuerpo, lo somático; de qué manera la gracia de Dios va integrando todas y cada una de nuestras realidades.

En primer lugar, la santificación de nuestro entendimiento, de nuestra razón. Estamos llamados a configurar nuestro pensamiento con el de Jesucristo. La fe nos permite ver las cosas con los ojos de Dios. Hay una expresión en el Evangelio que me parece muy significativa: cuando Jesús reprende a Pedro y le dice “Pedro tú piensas como los hombres, no piensas como Dios”, alguno dirá: ‘normal que piense como los hombres, no piense como Dios’, pero fijaros, ahí dice “apártate de mí, Satanás, porque tú piensas como los hombres, no piensas como Dios”, es una gran represión la que le hace. O sea, es deber del cristiano, el pensar conforme a Jesucristo, conforme al querer de Dios. Es totalmente necesario en nuestra vida conformar nuestra razón, nuestro pensamiento, a la mirada de Dios.

San Pablo dice, con mucha claridad, en primera de Corintios 2, 16: “nosotros tenemos el pensamiento de Cristo”, o sea, pensar conforme a Jesucristo; eso es, digamos, la santificación del entendimiento. Los santos que han pensado conforme al querer de Cristo han tenido una visión distinta de la vida. La lógica de los santos les hace ver la vida con matices muy distintos al que ve, el que no tiene esa visión de la santidad. Podríamos poner infinidad de ejemplos. Y ya que me sirvo de este manual de espiritualidad católica de Don José María Iraburu y Don José Rivera (Don José Rivera ha sido ya nombrado venerable, su proceso de canonización está introducido), y recuerdo una anécdota suya (porque él fue director espiritual en el seminario de Toledo, donde yo fui seminarista), donde, cómo la lógica de los santos, de pensar según la visión de Cristo, nos hace ver la realidad de otra manera, y la anécdota es la siguiente: que ahí en el seminario, las habitaciones estaban muy necesitadas de reforma, pues había ventanas aisladas, no había una calefacción, no había baños en las habitaciones, etc...los seminaristas, que recién entraban, tenían las habitaciones, un poco las peores y según iban avanzando, al final existía el pasillo de los que iban a ser diáconos; y los últimos ya tenían las habitaciones reformadas, ya con baño, etc, etc. Y recuerdo que un día Don José Rivera dijo ‘¿esto no debía de ser al revés? ¿no tenía que ser que, los que están recién entrados, que se supone que todavía están en sus primeros pasos, se les diesen las habitaciones mejor preparadas y que según vamos avanzando en la vida espiritual, cada vez tengamos más capacidad de desprendimiento, de sacrificio, de mortificación, y que las habitaciones peores, las menos acondicionadas las tengan los diáconos. los que ya se van a ordenar sacerdotes?’.

Yo recuerdo que, cuando lo escuché, me quedé un poco perplejo y dije ‘pero lo que ha dicho este hombre es la lógica del Evangelio’; y ¿cómo es posible que la lógica del Evangelio sea tan evidente? Sin embargo nosotros, desde una visión humana, carnal, hubiésemos asumido que eso tiene que ser así, que los primeros que entran tienen el peor sitio, y ‘según vayas avanzando, irás teniendo tu habitación mejor puesta’...¿cómo no se nos había ocurrido esa lógica evangélica? Por eso, que nuestro entendimiento, que nuestra razón, vaya pensando según el querer de Cristo, según la lógica del Evangelio, es clave. O sea, la santificación supone también la cristificación de nuestra razón.

Segundo lugar, la santificación de la voluntad. Configurar nuestra voluntad a la de Cristo supone pasar de amar lo amable: ‘yo amo lo que me resulta amable’, a hacer amable lo que

amo, que es muy distinto. Cuando una voluntad todavía no ha sido santificada, ama lo que le resulta amable, y lo que no le resulta amable, lo ignora, lo desprecia; está un poco bajo la merced de las filias y las fobias. Sin embargo, cuando nuestra voluntad ha sido configurada con el amor de Dios, que es un amor incondicional, Dios no nos ha amado porque nosotros seamos amables, nos ha hecho amables al amarnos, que es distinto.

Jesús nos dijo: “Si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? eso también lo pueden hacer los paganos, vosotros amad a vuestro enemigo”...eso supone configurar la voluntad de una manera completa... esa es la santificación de la voluntad. Dice San Pablo en la carta a los Romanos: “El amor de Dios se ha infundido en nuestros corazones, por la fuerza del Espíritu Santo que se nos ha dado”, es por tanto, el Espíritu Santo al que me ha dado la capacidad de amar con esa gratuidad, amando por encima de ese principio que, con tanta frecuencia puede ser el que rige nuestro corazón cuando no hemos sido santificados: el de los apegos, el de las filias y el de las fobias...alguien me cae simpático y entonces me apego a él, y alguien me cae antipático y entonces soy capaz de despreciarlo y faltar de caridad hacia él. Amar con el corazón de Cristo, amar con el amor gratuito de Cristo.

Un paso más, santificación de los sentimientos. Es frecuente que muchos piensan que los sentimientos son un terreno que, a diferencia del entendimiento, de la voluntad, no gobernamos, es ya una selva ingobernable. Los sentimientos es algo que brota espontáneamente y que no cabe, reprimir los sentimientos... que no hay control posible ante los sentimientos. Sobre todo, esto forma parte de la cultura romántica, emotivista, que viene a decir que los sentimientos es algo absolutamente espontáneo, que eso no pasa ni por la razón, ni por la voluntad, y que ante eso no hay nada que decir. Por desgracia, esa cultura emotivista, romántica, tiene mucho peso, pero es absolutamente falso.

Si uno, por ejemplo, le brota un sentimiento de enamoramiento, un primer impulso de enamoramiento hacia una persona, que no da lugar a que se enamore de ella porque esa persona está casada, y entonces, ¿yo qué hago enamorando de esa persona? O, yo soy una persona consagrada, ¿qué sentido tiene que tenga un sentimiento así? tendré que aprender a reconducir ese sentimiento; también los sentimientos tienen que ser santificado. O, si brota en mí un sentimiento de odio, que parece casi espontáneo, pues el hecho de que esa apariencia de espontaneidad no le da carta de ciudadanía, tendré que saber reconducir ese impulso de odio, ponerlo ante la presencia de Cristo crucificado, y escuchar como él murió perdonando a quienes le crucificaban. Es decir, no es verdad que los sentimientos estén fuera del terreno de la santificación, no es así. Acordaros de esa expresión de Filipenses 2, 5 que dice: “Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús”, no dice la misma forma de pensar, ¡no!, dice los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús. La santificación, la cristificación, también empapa, nos empapa interiormente. Es muy posible que primeramente sea la razón la que se va impregnando, o la voluntad la que se va impregnando y después va penetrando como por ósmosis y llegan a empaparse los propios sentimientos, dentro de ese proceso progresivo de santificación.

Santificación del subconsciente. Es verdad que en el caso de subconsciente, ahí sí que estamos en un terreno no directamente controlable. Hoy en día además sabemos, que ese subconsciente puede tener más influencia de la que uno piensa; el subconsciente puede estar influenciando desde heridas que tuvimos en el pasado, de las que no somos muy

conscientes, aspectos que no hemos asumido en esta vida, complejos que han quedado ahí larvados, pueden estarnos condicionando el presente más de lo que suponemos.

La gracia de Cristo, la gracia que nos santifica, está también llamándonos a poder cristificar ese mundo del subconsciente ¿cómo? pues teniendo la gracia de identificar esas heridas, puestos en la presencia de Dios... cuando alguien tiene ese don, de que ante la presencia de Dios se conoce con mucha mayor profundidad. A veces no nos conocemos en nuestros aspectos más ocultos, hasta que hemos conocido a Jesucristo más profundamente. Cuando uno conoce a Cristo más profundamente, el conocimiento de Cristo, le lleva a descubrirse a sí mismo... a ver distintos aspectos de su vida, que él podía tener olvidados, pero que desde el conocimiento de Cristo, él descubre.

Como digo, el conocimiento de Cristo, el amor a Jesucristo nos permite, poder identificar heridas del pasado en nuestra vida, aflorarlas, ponerles nombre, identificándolas, y dejar que la gracia de Cristo (poniéndolas en su presencia) pueda sanarlas, o pueda, cuando menos, aminorar el influjo negativo que tienen en nuestra vida. Quizás, haciendo un acto de perdón, sobre distintos aspectos que pudieron acontecer en nuestra vida y que han generado heridas. La gracia de Cristo, aunque de una manera directa no somos dueños de nuestro subconsciente, va teniendo poco a poco, ese influjo sanador de esas heridas que, en nuestro interior, en el subconsciente, están influenciando en nuestra vida actual. Es como una impregnación progresiva de lo natural, por lo espiritual.

Esas heridas naturales que han quedado ahí, del pasado, se van progresivamente, impregnando de la gracia de Cristo, en la medida en que nos ponemos en presencia de Dios, y en la medida en que nos ponemos a remojo, si me permitís esta expresión, ¿Qué significa ponerse a remojo? me pongo en presencia de Dios, y dejo que él me empape. No sólo que me diga algo, que me llega a la razón pero que no me llega a impregnar...No, dejo que esa palabra de Cristo, dejo que su gracia y dejo que su mirada penetre en mí y vaya llegando hasta los lugares más recónditos. Dejar que la gracia de Cristo nos impregne.

Hay una anécdota de un libro de Martín Descalzo, de aquel gran sacerdote y literato, que cuenta una anécdota que es la siguiente: cuando su santidad San Pablo VI, en una visita apostólica que él hizo a Bombay, se quedaron todos perplejos de ver que había llegado el Papa a Bombay y millones de indios habían salido a recibir al Papa porque le reconocían como un hombre santo (millones de indios, obviamente, no podían ser católicos, tenían que ser necesariamente hindúes), entonces, se dice que, Martín Descalzo acompañaba en aquel viaje, y le preguntó a un jesuita, que estaba allí: '¿Cómo es que todos estos hindúes han salido a ver al Papa?' y entonces dice que les contestó: 'no, no, no han salido a ver al Papa, han salido para que les vea el Papa a ellos'. ¿Cómo, qué estás diciendo? , y dice: 'es que en la mentalidad oriental (no olvidemos que el Evangelio nació en Medio Oriente, lugar que en este momento tiene tanto sufrimiento), el hombre de oriente cree que a través de la mirada, también se nos está penetrando en nuestro interior'. De manera que Jesucristo en los Evangelios, antes de realizar sus milagros dice "Y mirándole le dijo: tus pecados quedan perdonados". "Le miró a los ojos y le dijo..." La mirada penetrante de Jesús aparece muchas veces, en muchos pasajes evangélicos. Por eso, decía Martín Descalzo, que en aquella mentalidad oriental, no es que habían ido a ver al Papa, sino que habían oído de que el Papa era un hombre santo y querían que ese hombre santo fijase su mirada en ellos, como cuando Jesucristo fijó su mirada en él y le dijo: "levántate, coge tu camilla y echa andar". ¿Por qué dice el Evangelio: "levántate, coge tu camilla y echa andar"? Se trata de

que la gracia de Cristo penetre en nuestro interior hasta los últimos lugares, más recónditos, y llegue la santificación a todos los estratos de nuestro ser.

Es verdad, es normal pensar que hay zonas en nuestra vida que pueden estar fuera de nuestro control y de nuestra comprensión, pero Dios sabrá de qué manera completar y llegar a esa unificación interior y esa sanación interior. En la medida en que nuestros hábitos de vida, sepamos mortificarlos y ordenarlos... en la medida en que nuestros sentimientos (algunos de ellos pues pecaminosos), sepamos disciplinarlos; entonces también el subconsciente podrá verse configurado, cada vez más y más, por la gracia de Cristo.

Bien, decía, santificación del entendimiento: pensar según Cristo; santificación de la voluntad: amar con el amor gratuito de Cristo; santificación de los sentimientos: tener los mismos sentimientos del corazón de Cristo; santificación de nuestro subconsciente: dejando que la mirada de Cristo penetre y aflore las heridas que pueden condicionarnos.

Por último, santificación de nuestro cuerpo, de lo corporal, de lo somático. Por una parte hay que entender que lo somático, que lo corporal, está todo impregnado de lo psíquico. Es obvio, que también lo psíquico afecta mucho en lo corporal y que, por lo tanto, si se impregna de la gracia de Dios nuestra psicología, eso también va afectar positivamente al cuerpo. Y de hecho tenemos experiencias de que ha habido personas que han tenido un don de conversión, que parece que experimentan como que su cuerpo está sanado, o que pesa menos, si me permitís la expresión. La gracia de la conversión a veces parece que, ese cuerpo que arrastramos, que es como un borrico que se resiste a moverse, pues, cuando viene la gracia de la conversión parece que se mueve más fácil.

Por otra parte, Jesucristo es sanador y hace milagros y los Evangelios hablan de los milagros sanadores de Jesucristo y por tanto, puede hacerlo también con nosotros. Siuviésemos fe, seguro que Jesucristo haría más milagros de sanación en nuestra vida, aunque su voluntad ordinaria, obviamente, no es que los milagros acontezcan de continuo en nuestra vida, sino que a las mismas personas a las que él curó, más tarde volverían a enfermar y fallecerían. Por tanto, la gracia de Cristo también nos acompaña para que aceptemos esa condición mortal de nuestro cuerpo. Aceptar nuestra condición mortal, esa tendencia corporal a la decrepitud, sin avergonzarnos de ella y sabiendo que nos puede condicionar. Ese progresivo apagamiento de la vitalidad corporal no nos va a robar la felicidad. hasta que finalmente, en la resurrección, nuestro cuerpo será transformado conforme al cuerpo glorioso de Cristo, no olvidemos esto: cuando resucitemos, también resucitaremos con un cuerpo espiritualizado, con un cuerpo glorificado, revestido de inmortalidad.

En resumen, la santificación es configurarse con Cristo. Me refiero a la santificación, ya no sólo la ontológica (que por el bautismo hemos sido elevados a la dignidad de ser hijos de Dios), sino la santificación vital, que supone que eso (la ontológica) se traduzca en que Cristo sea el que ilumine nuestro entendimiento, anime nuestra voluntad, configure nuestros sentimientos, impregne nuestro subconsciente, revitalize nuestro cuerpo. Como veis, es un gran reto. La santidad es un don, pero al mismo tiempo, la santidad también es un gran reto en el que nos tenemos que adentrar plenamente.

Permitidme un pequeño excursus: uno dirá 'todo esto está muy bien pero es un poco ideal, en la vida las cosas son más complicadas'; en la vida, la gente tiene heridas que son difícilmente superables; es que las cosas condicionan mucho: yo tengo una enfermedad, el otro tiene una carencia educacional, el otro tiene heridas que condicionan mucho. Si recordáis, en la primera introducción que hicimos, dentro de este curso de teología espiritual, yo dije que no es lo mismo santidad que perfeccionismo, entendido el perfeccionismo no en el sentido de perfección cristiana, sino en el sentido de perfeccionismo natural. No, no es lo mismo santidad que perfeccionismo.

Y afirmo, con contundencia, que nuestros límites e impedimentos naturales de orden psíquico, somático, social, cuando no son voluntarios ni son culpables, no impiden la santidad, la llevan de otra manera, por otro camino, pero no la impiden. Por ejemplo, alguien que tenga una tendencia depresiva y al mismo tiempo está escuchando del Señor, ¡alegraos! 'Alegra tu corazón, pero tienes una tendencia depresiva, a ver cómo llevas eso adelante'. O alguien que tiene una esquizofrenia con brotes violentos ¿cómo puede llevar adelante la invitación de Jesús a ser pacífico? O alguien que tiene unas carencias educacionales muy fuertes, porque no recibió una educación y entonces tiene una ignorancia muy fuerte, en determinados campos formativos, que le condicionan. No todos hemos recibido los mismos talentos a la hora del tipo de educación que hemos tenido, y eso condiciona mucho nuestra vida.

Todos estos límites, condicionamientos, impedimentos, ¿imposibilitan la santidad? La afirmación es que no, no la imposibilitan. El Espíritu Santo habita y santifica a tantas personas que están, estamos, en condiciones a veces lamentables, incluso con psiquismos alterados, con ignorancias invencibles, con lastres corporales muy fuertes, personas que tienen tendencias ansiosas que les generan adicciones, etc. Si en el fondo de su corazón, todas estas personas aprenden a aceptar la cruz de la humillación, aunque los resultados prácticos puedan ser catastróficos, luzcan muy poco, sin embargo, pueden llegar a la santidad. Es verdad que, tradicionalmente, la Iglesia ha canonizado, ha proclamado santos a muchos santos que, humanamente hablando, también tenían unas cualidades grandes y tenían una ejemplaridad para todo el mundo, muy grande... y no ha sido el proceder habitual (de la Iglesia), el que las canonizaciones hayan tenido lugar, entre ese tipo de personas que lastran enfermedades psíquicas, psiquiátricas, etc.

Sin embargo, también en esto, creo que la Iglesia va entendiendo que existe la necesidad, la importancia de que también, las personas que tienen este tipo de enfermedades, de condicionamientos, necesitan modelos de referencia, modelos de santidad cercanos en sus vidas. Por ejemplo, recientemente, no hace muchos años, han sido canonizados los padres de Santa Teresita de Lisieux, y el padre de Santa Teresita de Lisieux, San Luis Martín, era un hombre que tenía unas enfermedades psiquiátricas bastante graves y con un condicionamiento bastante grande de su vida, especialmente en los últimos años de su vida. Sin embargo, la Iglesia ha canonizado al padre de Santa Teresita de Lisieux, que con sus enfermedades psiquiátricas, obviamente, tendría unos problemas de convivencia, etcétera, no pequeños. La casa de los padres de Santa Teresita, no sería una casa exenta de todos los efectos y los problemas, que esa enfermedad psiquiátrica estaba condicionando. También, por lo tanto, existe este modelo.

Es verdad que han sido pocos los casos de canonización, pero posiblemente, estoy convencido, que irán siendo bastantes más, porque también las personas que están en

circunstancias de limitaciones de este estilo, necesitan santos, modelos de referencia, en los que se sientan comprendidos, desde los que se sientan entendidos. Hay santos que brillan porque, ante los ojos del mundo, han tenido grandes cualidades, como San Bernardo ¡qué atrayente era su figura para su siglo y para su tiempo! Pero hay otros santos que, aunque no brillan ante los ojos del mundo, sin embargo, brillan ante Dios, y no olvidemos esto, es una gran esperanza para todos nosotros.

La gracia de Dios es sanadora, pero no necesariamente sana en esta vida enfermedades, atrofias, deficiencias educacionales... permite que continúen en determinadas deficiencias que nos tienen que llevar a tener una visión muy humilde. La verdad es que la santidad va de la mano de la humildad. Es totalmente contraria a esa visión voluntarista que dice 'querer es poder', no, no es cierto que querer sea poder. El santo que tiene este tipo de condicionamientos, no suele justificarse, se caracteriza por no justificarse a sí mismo, incluso tiende a pensar, a veces, que esas deficiencias tuyas son pecados, cuando igual quizás no son pecados; pero él, humildemente, tiende a pensar que son pecados, y los confiesa, y confiesa la impotencia, y el propósito de superación y resulta que tiene una tendencia depresiva, y con esa tendencia depresiva que tiene él, le es muy difícil poder responder a la llamada del Evangelio, de vivir alegres y de vivir contentos. Pero él no se justifica porque tenga una depresión, sino que sigue luchando contra esa deficiencia suya, sin autojustificarse, y remitiéndose siempre a la misericordia de Dios. Y estos tales, están plenamente en esa gran familia de los santos. Y sin embargo, el que no es santo, el que es verdaderamente pecador, no sólo que tenga carencias y deficiencias en su vida, sino que es verdaderamente pecador, ese suele siempre excusarse de todo, se exculpa de todo, y dice que la culpa la tienen los demás y que él no hace nada malo.

Pues bien, vamos a dar un paso más: ¿Cuáles son las características de la santidad? Me atrevo a hablar de cuatro características de la santidad: la santidad es personal, gradual, comunitaria, y escatológica. Primero, es personal, afecta a toda la persona, sin que haya ningún capítulo que pueda quedar fuera (lo que hemos dicho antes): santificación del entendimiento, de la voluntad, de los sentimientos, del subconsciente, de nuestro cuerpo; afecta a la totalidad de la persona. La santidad no es como un capítulo aparte, dentro del cual, uno tiene determinados lugares en los que no ha dejado entrar la luz de Cristo. No, eso no sirve. No puede haber capítulos aparte, departamentos estancos, que no hemos puesto ante la presencia de Dios... No, tiene que impregnar la totalidad, el conjunto de la persona.

Segundo, es gradual. Es una tarea que es inconclusa hasta el momento de la muerte. Yo me atreví, en una ocasión, a formular la siguiente frase: 'que ser santo no es difícil, pero es largo, es una batalla que dura toda la vida, hasta el final de nuestra vida', por eso es muy importante la perseverancia. Ser santo no es que sea difícil, no, no, con la gracia de Dios está a nuestro alcance, pero es largo. La santidad es gradual, y los últimos pasos de nuestra vida son muy importantes, la ancianidad es muy importante para culminarla.

En tercer lugar, la santidad es comunitaria. Cuando digo que es personal, no quería decir que era individualista, no, es una tarea que no se lleva a cabo sólo... Dios ha querido que la tarea de la santidad la vivamos de una manera comunitaria, en la comunión de la Iglesia: 'La comunión de los santos', fijaros en esta expresión, hay una comunión entre los santos. La santidad tiene como unos vasos comunicantes entre nosotros, esto es importantísimo, 'el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija', dice el refrán... bueno pero aquí

estamos en un nivel místico. O sea, la santidad del cuerpo místico, de tu patrono. de mi patrono... yo, por ejemplo, mi patrono es San José y San Ignacio, me llamo José Ignacio...existen como unos vasos comunicantes, hay un proyecto comunitario de santidad.

Y también la santidad es escatológica. Digo, la santidad es personal, es gradual, es comunitaria y es escatológica, sí, porque se completa. Al final uno es santo, en el momento último de su vida, al presentarse delante de Dios, entonces es cuando se completa la santidad. Hasta el minuto anterior de fallecer, uno se puede considerar pecador, en proyecto de santidad... pero en ese momento en que nos presentamos ante Dios, acordaros de una cosa: la existencia del purgatorio es un regalo de Dios para la santidad, Dios completa esa situación de purificación del purgatorio, completa el reto de la santidad, del don de la santidad, en la medida en que nosotros no lo hemos acogido suficientemente en nuestra vida. El purgatorio es un regalo de Dios para completar la santidad. Es Dios que no se resigna a dejar inconclusa, incompleta nuestra tarea de la santidad. Luego, ¡bendito purgatorio! que nos permite también, alcanzar el don de la santidad que Dios nos quiere dar en esta vida y que a veces no acogemos.

Si este proyecto de la santidad tiene las cuatro características: la santidad es personal, la santidad es gradual, la santidad es comunitaria, es escatológica, pues, voy a concluir diciendo lo siguiente: ¿Cuál es la condición principal para la santidad? y ¿cuál es el enemigo mayor contra la santidad? La condición principal para poder alcanzar la santidad es, quererlo con todo el corazón, saber que es lo único importante, que es lo principal, esto lo dice Santo Tomás de Aquino, en su Suma Teológica.

Para poder ser santos hay que quererlo, pero es que de querer a querer hay una diferencia inmensa, entonces, queremos muchas cosas con un querer relativo... hay una graduación de querer muy obvia, muy evidente, y existe una jerarquía de valores en esos deseos del hombre. La clave está en que mi principal deseo en esta vida sea, el de la santidad... eso es la cumbre, es lo único importante; es legítimo tener otros querer pero tienen que estar relacionadas con este primero, subordinados al primero.

Dice Santo Tomás de Aquino que la obra de la santificación de un pecador, tiene un valor infinitamente superior al de la creación del mundo de la nada. ¿Qué es más, que tiene más valor, la creación del Universo del mundo de la nada o la santificación de un pecador? y dice Santo Tomás de Aquino, 'sin duda alguna, lo segundo'; es una obra infinitamente superior que un pecador se santifique a que Dios crease el mundo de la nada. Es que nuestro principal querer, nuestro deseo principal, tiene que ser el de la santidad, y en consecuencia, el mayor enemigo de la santidad es el menosprecio de este don, el menosprecio de los dones de Dios, el que Dios nos quiera dar sus dones y nosotros no tengamos la sensibilidad educada para valorarlos, el que no reconozcamos la propia dignidad de hijos de Dios.

Hay un sermón muy conocido de San León Magno que dice: "Cristiano, reconoce tu dignidad, que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina. Recuerda quién es tu cabeza y de qué cuerpo eres miembro, y por lo tanto vive en consecuencia". Fijaros bien cómo está formulado el primer mandamiento de la ley de Dios: no dice sin más "Amarás a Dios", no, no, dice: "Amarás a Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser". Esa formulación en la que se insiste en la importancia de que hay que amar, no de cualquier manera, sino con una totalidad, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser. Esa

formulación indica, obviamente, que para que ese amor sea configurador de nuestra vida, tiene que implicarlo todo, que tenemos que amar con un corazón indiviso, que uno tiene que querer la santidad pero con una totalidad plena, no jugando a dos cartas. Con un corazón indiviso entregarnos a esta tarea de la santificación. Quizás uno no sea un buen juez de sí mismo, bueno, dejemos que sea Dios, el único conocedor de la verdad de nuestra vida, el que juzgue sobre los avances en nuestra vida espiritual. No seamos nosotros ni siquiera jueces, pretendiendo evaluar nuestra propia vida. Nosotros, centrémonos completamente en el deseo de amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente, con todo el ser. Vamos a pedir a la Virgen María y a nuestros santos patronos que nos den la gracia de aumentar en nosotros el deseo de la santidad.